



BIBLIOTECA
ELIAS DE TEJADA - PERCOPO

FRAY GERONIMO ROMAN Y EL ESTUDIO POLITICO DEL ISLAM EN ESPAÑA

Por FRANCISCO ELIAS DE TEJADA
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

BIBLIOTECA
FCO. ELIAS DE TEJADA Y ERASMO PERCO

SUMARIO: 1. La tarea de fray Gerónimo Román.—2. El estudio del sistema político islámico bajo la Casa de Austria.—3. Filosofía de la historia política: Islamismo y Cristianismo, Turquía y las Españas.—4. Filosofía política: La nobleza infiel.—5. Lo que se sabía del pensamiento político islámico. 6. Las instituciones.—7. Resumen.

1

En tiempos de Carlos I la silueta de Logroño se recortaba sobre la línea del padre Ebro, apenas si iniciada la fábrica de la Redonda, clavado el paisaje en la aguja del campanario piramidal de Santa María del Palacio. Todavía el gótico de San Bartolomé no era nombrado de los Jesuitas, cuando en los postreros días de 1535 o primeros de 1536 la única nave de la iglesia parroquial de Santiago henchíase en el bullicio del bautizo del hijo de dos ricos vecinos: Martín Román e Inés Zamora, cristianos viejos y honrados. Lavaron a la criatura las aguas purificadoras con el nombre de Jerónimo, y pocos la igualaron en lo díscolo durante los años verdes de las travesuras infantiles. Lo vivo del ingenio del muchacho más se compadecía con las aventuras por las márgenes del río que con el reposado sentar bajo la palmeta del dómine. Para que fuera a la escuela era preciso le llevasen asido materialmente las manos de algún criado de la casa; que en más de una ocasión no faltó la burla de los compañeros cuando iba cobrado en franca fuga y obligado a entrar en lecciones, por más que ni aun entonces dejase de reconocerse la altura de su talento, la vivacidad de su espíritu y el ancho camino abierto delante de sus pies. El propio nos cuenta, con deliciosa ingenuidad, uno de tales lances. «Siendo muchacho—narra—y llevándome asido un criado de mi padre, y la moça de mi casa, porque me yva huyendo, estando los muchachos de mi escuela juntos, dixo uno dellos: «Agora lo pagarás, vellaco Hieronymo». Respondieron todos los otros: «Dexadlo, dexadlo, que Hieronymo será el más famoso que a salido de nuestra ciudad» (1)

Apenas le apuntaba el bozo, cuando en 1552 entra en el convento que la Orden agustiniana tenía en Haro, deseoso de volcar

(1) Hieronymo Roman, O. S. A.: «Repúblicas del mundo. Divididas en tres partes». Salamanca, Juan Fernández, 1595.

Cita al tomo I, primeras páginas sin numerar, en sus lectores».

en el servicio de Dios aquella brillante inquietud tesoro de su naturaleza. Destinado al convento de Dueñas, principia allí el cultivo de sus aficiones históricas, hasta que sus superiores deciden abrir campo a su natural condición, ayudándole a recorrer las tierras de Portugal y de Castilla, así como a viajar a Roma. De que aprovechó los medios puestos a su alcance dícelo la estima aprobatoria que implican el nombramiento de cronista de la Orden a 1 de octubre de 1573 y el alcance del título magistral a 26 de marzo de 1583. Cuando muera en Medina del Campo, en los últimos tiempos del reinado de Felipe II, dejará el modelo de una vida consagrada al cumplimiento de una vocación irrefrenable: un ansia de saber que no tolera barreras, que salta por cima de todas las dificultades y que va a beber conocimientos en las fuentes más extrañas.

Cinco son sus obras impresas: la *Crónica* de la Orden San Agustín (2), la *Historia de la vida de fray Luis de Montoya* (3), la *Vida de San Nicolás de Tolentino* (4), la *Historia de los dos religiosos infantes de Portugal* (5) y las *Repúblicas del mundo* (6). Pero hasta veinticinco eleva el número de aquéllas de que se tienen noticias la diligencia investigadora de su hermano de Orden el P. Gregorio de Santiago Vela (7), muchas de ellas, por cierto, sobre asuntos de historia portuguesa.

Su obra es fruto de su descomunal paciencia en el acopio de noticias. No es de extrañar que ante tamaño cúmulo de saberes Nicolás Antonio quedase deslumbrado y le ensalzara hasta las nubes en las palabras con que le ponderó en su *Bibliotheca hispana-nova* cuando declara como «nec tamen immensae hujus lectionis ac diligentiae solidam sibi laudem apud nostros homines comparare potuit, qui in tam vasta rerum ingenio ab eo versatarum mole, iudici plus atque examinis, non perverse aestimantes iniqueve, desiderant» (8). Es juicio que se acomoda al elogio con que Frankecnau dice ser varón de infinita lectura (9) y con otro hermano de hábito, el padre Tomás Herrera, nos le declara insaciable devorador de libros y rebuscador incansable de papeles (10).

Según escribí en otra parte (11), con tal ansia de noticias de

(2) Salamanca: Joan Baptista de Terranova, 1570.

(3) S. I., Antonio Alvarez, s. d.

(4) Zaragoza, 1620.

(5) Medina del Campo, Sanctiago del Cancto, s. d.

(6) La primera edición de 1572. Citadas aquí por la de 1595, que poseo.

(7) En las páginas 661-678 del tomo VI de su «Ensayo de una biblioteca iberoamericana de la Orden de San Agustín». Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1922.

(8) I (Madrid, Ibarra, 1783), 600.

(9) Vide P. Gregorio de Santiago Vela: «Ensayo», VI, 661.

(10) «Alphabetum augustinianum», Madrid I (1644), 356.

(11) Francisco Elías de Tejada: «Doce nudos culturales hispanosuecos». Salamanca, Universidad, 1950, págs. 85-86.

la más diversa calidad y procedencia, fué fray Gerónimo Román, exponente típico de la fe en sí mismos y en la energía vigorosa de las fuerzas personales que parece caracterizar a los españoles de su época. Entra por los campos del pasado con pareja seguridad a la que asistía a los conquistadores mientras rompían la virginidad geográfica del continente nuevo. Nada le detiene ni nada constituye obstáculo bastante; la seguridad de su pisar es tan firme como la quilla de la nao de Elcano. En ocasión en la que sus hermanos añadían pedazos de terreno a la madre castellana, él añade pedazos de saber al patrio acervo; lo esencial era ir abriendo caminos en el suelo o en el ayer.

Y secuela de esa curiosidad, siempre insatisfecha, fué su intento de bosquejar una nueva disciplina humanística: el estudio de las formas políticas y sociológicas con criterio de comparativa exégesis. En el renacimiento abundaban de un lado los libros de doctrina política, sea de corte pagano por el estilo de un Maquiavelo, sea resultado de un realismo pragmatista al uso de Bodin, sea adoctrinando moral religiosamente como un Guevara, sea justificando teológicamente situaciones estables por mano de Hooker. Pero escaseaba la penetración desprovista de prejuicios en el ámbito de la política, sin más norte que la cosecha de datos que pudiera producir más tarde sementeras de nuevas sistemáticas científicas. Fué preciso viniese este fraile inquieto y curioso a la arena de la cultura para que la Sociología y el Derecho público comparado tuviesen en Europa carta de naturaleza.

Verdad es que no abandona la forma externa de las *Silvas de varia lección* y que parecerá simple colofón de Pedro Mexía a quien no se le acerque más que con el flojo temple de repasador de papeles antiguos, y en mar de erudiciones antójase naufragar la nave de la originalidad creadora. Pero a quien adentre en el meollo de su obra, fácil será ver en fray Gerónimo Román al padre de nuestro moderno Derecho público. Si los protestantes nos tomaron la delantera en la especialización didáctica, ya que en 1579 es cuando Cristóbal de Wittenberg crea en Tübingen su Collegium, al paso que en España no se funda una cátedra de Política hasta 1625 (12), nosotros tomamos el avance en fray Gerónimo Román en la orientación del contenido y, sobre todo, en la perspectiva de lo que el siglo XIX llamará bárbaramente Sociología. Bien hicieron en tornar los ojos a este sabroso fruto del árbol de la Tradición española todos esos especialistas de hoy que apenas si saben reproducir la última doctrina nacida de la mecánica parlamentaria inglesa o el fugaz atisbo de un Schmitt; para ellos fray Gerónimo Román cometió el doble desatino de nacer en Logroño y profesar un hábito de fraile.

(12) Vide la redacción auténtica, en separata, de mi artículo «Derecho político». Barcelona, Seix, 1950, párr. 26.

2

Por lo que concierne al estudio de las instituciones políticas de los pueblos islámicos y al análisis de sus circunstancias sociales, cierto es que fray Gerónimo Román no lo inicia, sino que lo reduce a materia dosificada dentro del conjunto de su empeño de estudioso. Las tendencias a conocer la vida y costumbres de los pueblos árabes era muy antigua, pudiendo decirse nace con las pugnas de la Reconquista, dado el evidente interés por saber del enemigo contra quien se combate. Innúmeras son las referencias al tema, bien que esparcidas y dispersas en nuestros escritores medievales, tratándose de asunto todavía por historiar; pero entre ellos es imposible callar la figura gigantesca de Ramón Lull, ya que significa, si no planteamiento nuevo, sí actitud intelectual digna de máximo relieve.

Arrancando de aquel respeto a la libertad humana característico de la Cataluña medieval, Lull sustituye la idea violenta y militar de la cruzada por la noción luchadora y suave de la misión. No cree deba convertirse al mundo musulmán echando mano de la espada, antes mostrando las excelencias de la cruz. Contra la violencia que él llama «sensual», con palabra que equivale a guerrera, propugna la solución de convertir al infiel en la que él llama «guerra intelectual», llegando a proponer la paz política con tal de asegurar la libre discusión ideológica, suprimiendo la violencia bélica que crea un clima contrario al combate de ideales. «Com sia cosa—enseña el sin par Beato mallorquín—que los crestians e los sarraïns guerreguen entellectualment en ço que no s'acorden ne es en fe ni en creença, per açò, senyer, guerreguen sensualment, per la guerra esdevenen los hòmens nafrats e cativats e morts e destruïts, per lo qual destruíment són gastades e malmeses molts principats e molts riqueses e molts terres, e són cessats molts de béns qui es farien si la guerra no era. On, qui vol metre pau enfre los crestians e los sarraïns e vol cessar los tan gran mals qui hi esdevenen per llur guerra, primerament, senyer, cové que hom meta pau en la sensual natura per tal que los uns pusquen anar a ésser entre els altres, e per la pau sensual porá hom concordar la guerra entellectual... Mas com los crestians, senyer, no han pau sensualment e podien los uns esputar ab los altres de la fe sens guerra sensual, adoncs seria possíbel cosa que els crestians endreçassen e illuminassen los sarraïns a via de veritat per gràcia de Sant Espirit» (13). Lucha intelectual que presupone previo conocimiento del sistema

(13) Ramón Lull: «Llibre de coyntemplació en Deu», IV (Palma de Mallorca, Comissió editora lulliana, 1911). 316-317.

Para valoración de la ideología lullista a este respecto, lo que detallo en las páginas 101-102 de mi libro «Las doctrinas políticas en la Cataluña medieval». Barcelona, Aymá. 1950.

de vida que ha de impugnarse y que hace de Ramón Lull el primero de nuestros arabistas.

Concretándose al siglo de fray Gerónimo Román, la fuente primordial para el conocimiento de las formas de vida arábigas fué al escrito del viajero granadino Juan León, llamado el Africano por su famosa obra *De totius Africae descriptione*, en cuyos nueve libros resume cuanto de geografía natural o humana pudiera apetecer el curioso lector de la época (14). Nacido en Roma y educado en Berbería, conocedor por ende de la lengua y usos mahometanos, en el final de su escrito refiere que cuanto narra fueron cosas por él vistas personalmente (15), con honradez científica de afanoso coleccionista de primera mano.

Como cosa curiosa y digna de memoria refiérese al Islam Pedro de Mexía en los capítulos XI a XIV de la primera parte de su *Silva de varia lección* (16), amén de ocuparse nuevamente en diversos pasos de su *Historia imperial y cesárea* (17). El cronista del Emperador refiere la historia de la vida de Mahoma y considera el poderío de los turcos, no sin dejar de invectivar duramente a aquél y de anhelar la caída de éstos, a fuer de católico y de su española condición. Las menciones a la ordenación política de los pueblos islámicos dilúyese en su pluma al afán de expresar semejantes sentimientos.

Con el extremeño Vasco Díaz Tanco de Fregenal puede decirse comienza la empresa de constituir un estudio del pensamiento y de la ordenación social de los pueblos alárabes. Bien que la tarea se inicie por el menos alárabe de todos: por el señorío de los turcos. Con la fe de los hombres de su hora, hijo de aquella España imperial del instante extremeño que Carlos V significa en la marcha del conjunto de las gentes de las Españas, viajero como Carlos y como los conquistadores, luchador y curioso como ellos, desembarazado e irreflexivo por hijo de su reino de Extremadura, comediógrafo y andariego, literato y astrónomo, de sus viajes por todo el Mediterráneo y de su cautiverio en suelo infiel, sacó fuerzas para redactar su *Palinodia* (18) con criterios de sensatez política. Libro curioso si los hay, porque constituye una fidedigna noticia del imperio de la Sublime Puerta, una valoración de sus posibilidades guerreras, un esquema de su ordenación política, una narración detallada de los cargos de su corte y hasta un manual para vencer a tan poderoso enemigo; y todo ello enhebrado al hilo recio de una seguridad optimista en el

(14) Cito por la edición de Amberes, apud Joan Latium, 1556. La obra está fechada en Roma en 1526.

(15) Juan León el Africano: «*De totius Afracae descriptione*», folio 302.

(16) Cito por la edición de Madrid, Imprenta Real. 1669, págs. 39 a-56 b.

(17) Cito por la edición de Sevilla, Juan de León, 1545, folios 223 c-225 d.

(18) «Libro intitulado *Palinodia*, de la nephanda y fiera nación de los Turcos, y de su engañoso arte y cruel modo de guerrear; y de los imperios, reynos, prouincias q han subjectado, y posseen cõ inquieta ferocidad.» Orense, 1547.

futuro de los pueblos hispanos, labrada en orgullo parejo al que simboliza el famoso soneto de Hernando de Acuña, también con certidumbres de haber llegado ya la edad dorada prometida por el cielo. Este paisano de Balboa y de Pizarro, en la hora extremeña de la historia de las Españas, sueña con una empresa universal y asegura los medios para realizarla; pero al par proporciona la primera exposición cabal del Derecho público islámico entre nuestros escritores de la Edad de Oro. Para lo cual dedicóse a traducir cierto libro de lengua italiana que viera en sus andanzas por Bolonia, redactado por el obispo de Nocera (19); aunque, no satisfecho con el texto que traducía, ya que sus personales experiencias discordaban en parte, aprovechó diversos escritos del Papa Pío II, del francés Frossart, una historia húngara de «Calimacho», las relaciones de Giovanni María de Vicenza, unas tragedias de «Matheo Orbasino» y un «librezillo de las cosas de los turcos recopilado por fray diego del castillo portugués» (20), de quien no he podido averiguar otra noticia que la referencia de Diego Barbosa Machado en su *Biblioteca Lusitana* (21).

También fué viajero el castellano Cristóbal de Villalón, sea de Villalón mismo o de Alcalá de Henares, ya que se discute incluso hasta la unicidad del personaje autor de los diversos libros que bajo su firma corren. En andanzas por distintas partes, Cristóbal de Villalón llegó a dominar hasta seis lenguas (22), de tal manera, que pudo empedrar el relato de sus viajes con palabras y frases sacadas del turco (23), del griego (24), del árabe (25), del italiano (26), del portugués (27) y del francés (28), amén de alardear de fácil dominio del latín (29). Su conocimiento directo de las realidades musulmicas era, si bien más recortado en el espacio, el más profundo, toda vez que si de una parte se reducía al ámbito del imperio otomano y en especial a la capital Estambul, por otro lado ahincara en las formas que proporciona el acabado dominio de las lenguas allá habladas. También cree aún,

(19) «Palinodia», 2.

(20) «Palinodia», 2 vuelto.

(21) I (segunda edicao, Lisboa, 1930), 629 a.

Allí consta ser su verdadero título el de «Epitome de los Turcos y sus Emperadores», habiéndose impresa en Lovaina en 1538.

(22) Cristóbal de Villalón: «Viaje de Turquía». Madrid, Aguilar, s. d., página 327. También lo que indica a las 28 y 231.

(23) «Viaje de Turquía», 134, 136, 139, 140, 145, 152, 161, 162, 169, 170, 190, 208, 223, 224, 244, 253, 323, 401, 403-406, 440, 492, 519, 527, 528, 536.

(24) «Viaje de Turquía», 42, 43, 102, 174, 243, 244, 263, 265, 266, 269, 276-278, 280, 282, 284, 286, 288, 294, 300, 325, 327.

(25) «Viaje de Turquía», 320, 401, 407, 408, 410-412, 416, 436, 529.

(26) «Viaje de Turquía», 53, 86, 227, 272, 398.

(27) «Viaje de Turquía», 294.

(28) «Viaje de Turquía», 86.

(29) «Viaje de Turquía», 28, 47, 50, 56, 64, 129, 135, 140, 164, 190, 193, 206, 208, 209, 224, 237, 248, 254-256, 265, 277, 319, 343, 353, 374, 388, 489, 523, 552.

cual no podía menos un hijo de las engreídas Españas del César Carlos, en el fácil domeñar del poderío turquesco, por más que un espíritu abierto como pocos en su hora le lleve a apreciar valores humanos en el enemigo. Su obra no es propiamente un clarín de combate que al ataque incita; pero, conducida y todo a simple narración de sus descomunales aventuras, la pintura del Imperio otomano abre esperanzas en los pechos españoles, sus enemigos. Y en verdad que fué bosquejo trazado con maestría, pues quien leyese los diálogos de Pedro de Urdemala, con sus amigos pincianos guardará espléndida información de los usos turcos de mediados del siglo xvi.

En los escritos de Vasco Díaz Tanco, el de Fregenal, y de Cristóbal de Villalón, extremeño y castellano, alentaron en el brío de la hora imperial y acometedora que Carlos significó y que en sus súbditos vibra hasta la retirada a Yuste. Son avanzadas ideológicas, casi aguerridas incursiones intelectuales en suelo enemigo, algaradas del saber emprendidas con anticipado empuje de conquista; la consideración que se va a iniciar reinando Felipe II será ya, por el contrario, estudio moroso y sin alegría de sueños aventureros.

Léase, por ejemplo, a Gonzalo de Illescas, abad de San Frontes y beneficiado de Dueñas, que escribe cinco años después de la primera edición de las *Repúblicas del mundo*, de fray Gerónimo Román. En su *Historia pontifical y católica* (30) percíbese una tendencia erudita, aunque la llenen invectivas contra la perversidad mahometana o temores por el grande poder del sultán turco. Ya desconoce el árabe, y la única definición que trae de una palabra islámica la trae con desacertada traducción (31). Lo que sabe del Islam procede de lecturas secundarias, igual que sucediera con Pedro Mexía. Es un erudito quien escribe, y erudito ignorante del árabe. La misma relación que de la vida de Mahoma hace, aparece intercalada casi como transcripción de texto ajeno.

La novedad de la rebeldía morisca en las Alpujarras granadinas da actualidad a la vida musulmana. Ginés Pérez de Hita historia sucesos antiguos, al paso que las guerras mismas suscitan dos cronistas: uno libre de prejuicios, don Diego Hurtado de Mendoza, primer marqués de Mondéjar y el más granado de los tacitistas hispanos en lo literario; otro, el oficioso Luis del Mármol Carvajal, antiguo cautivo y gran servidor del rey. La primera, mejor redactada, aunque no tan rica en documentación, vale sobre todo por la libertad de juicio con que se compusiera, aunque no alcanzó el éxito de la segunda.

Don Diego de Mendoza parece entender árabe, pues traslada

(30) La primera edición es en Burgos, por Martín de la Victoria, el año 1577. Citaré por la de Madrid, Melchor Sánchez, 1652.

(31) «Que tanto quiere dezir Alcoran como ayuntamiento de preceptos...» Gonzalo de Illescas: «Primera parte de la historia pontifical y católica», 181 b.

el sentido de algunas voces (32), en ocasiones con precisión, cual, por ejemplo, al verter el apelativo de don Fernando Válor «el Zaguer» (33) por «el Menor» (34). Sin embargo, sus datos sobre el mundo árabe no parecen tan completos, ni con mucho, como los que poseyó Luis del Mármol Carvajal, a quien más de cuatro lustros de cautiverio proporcionaron conocimiento sobremanera hondo acerca de la cultura del Islam. Mármol maneja la lengua árabe con soltura, citando en su *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada al Departimiento de las tierras de España*, de Aben Raxid (35), amén de complacerse en detallar diversas etimologías árabes (36), alguna harto aventurada (37).

Pero sobre todo la obra magna de Mármol fué su *Descripción general de Africa*, cumbre de nuestra literatura islamista, que Felipe II mandó colocar en su biblioteca de El Escorial para poder leerla a menudo (38). Mármol transcribe fielmente los nombres de lugares con cierto personalismo que no coincide, ni tiene por qué coincidir, con las transcripciones hoy admitidas; así, el mar Mediterráneo es «Bahar Rumí» o «Mar romano o cristiano» (39), el Atlántico es Océano occidental o «Magareb» (40), Egipto transcribese «Mezra» (41), un león es «aced» (42) o «Dar Rumía» la casa del cristiano (43), por no citar sino unos ejemplos entre los mil que pudiera aportar. A veces la dificultad en la transcripción transparéntase en las diversas maneras de trasladar una misma palabra; sirva de ejemplo *uad* o río, que unas

(32) Diego de Mendoza: «Guerra de Granada hecha por el rey don Felipe II contra los moriscos de aquel reino sus rebeldes», en la «Biblioteca» de Rivadeneyra, XXI (1852), 72 b. 90 b. 91 b.

(33) En árabe *saguir*.

(34) Diego de Mendoza: «Guerra de Granada», 91 b.

(35) Cito por el texto de Rivadeneyra, XXI (1852), 127 b. 129 b.

Este Aben Raxid debe ser el persa Mohammed Ben Musa Ar-Razi, que vino a la península hacia el 864 y murió aquí en 886, aludiendo Mármol al famoso «Libro de las banderas» o *qitab ar-raiat*; a no ser que se refiera a algún escrito del hijo del anterior, llamado Ahmed Ben Mohammed Ar-Razi, llamado por los árabes El Attarij o Cronista por excelencia.

(36) Luis del Mármol: «Historia de la rebelión», 127 a.

(37) Así para el Gibraltar viene de «Gebel Fetoh, que quiere dezir monte de la entrada de la victoria».

Nótese la transcripción de *yim* por «g» en *gebel* o monte. En la «Descripción», I, 76, d, da mejor traslación, pues allá *yebel* es *Iubel*.

(38) Lo cuenta el mismo Mármol en el prólogo a su «Historia de la rebelión», 124.

(39) Luis del Mármol: «Descripción general de Africa», I, 1 c. En árabe

(40) Luis del Mármol: «Descripción», I, 1 c. En árabe *magrib*.

(41) Luis del Mármol: «Descripción», I, 17 c. En árabe *almiseri*.

(42) Luis del Mármol: «Descripción», I, 25 b. En árabe *asad*. También 83 d.

(43) Luis del Mármol: «Descripción», I, 246 d. II, 18 d.

veces le cae por «Huet» (44), otras por «Vet» (45), algunas por «Ved» (46) y por «Hued» (47). Hasta se adentra en explicar el modo en que se escriben los signos árabes, desarrollando las particularidades gráficas como el valor duplicador del *texdid* (48) o explicando en qué consista el verso *tauil* (49). Todo sacado de lo visto o vivido, porque en incontables trechos trae recuerdos del cautiverio (50) o cita por su fuente a autores árabes (51), recreándose en describir al Marruecos que sus propios ojos contemplaron (52) o en cotejar la exactitud con que se igualan las crónicas de ambas religiones, en concordar el número de soldados que asistieron a la batalla de las Navas de Tolosa (53). Sin que ahonde yo más en estos extremos, por ser materia que de por sí llenaría un estudio del tamaño del presente.

Mármol hubo de redactar su *Africa* como contrapié al *Asia*, del portugués Joao de Barros (54), y en verdad que lo conseguido se empareja a los logros del escritor portugués. Casi en los mismos días emprendía fray Gerónimo Román su intento, menos ambicioso en sí que el del viajero granadino, pero más sólido en cuanto no aparece aisladamente, sino integrándose en el grandioso armazón de sus *Repúblicas*.

Dos son las que estudia el fraile riojano: la de los turcos (55), ordenada en veinte capítulos, y la de Fez, que le lleva solamente once (56). Ambas traídas a colación con aquel sencillo gracejo que encanta en las recopilaciones suyas, amén de construídas con el artificio necesario para que respandezca en cada instante el detalle que atrae la curiosidad de quien leyere.

Desconoce fray Gerónimo la lengua árabe, acudiendo a sus lecturas con aquella ansia de averiguaciones de la que nunca acertara a sosegar. Sus fuentes son romanceadas o latinas, careciendo de aquella penetración que tuvieron un Luis de Mármol o un Cristóbal de Villalón. Incluso no ha de ocultarse que esas dos *Re-*

(44) Luis del Mármol: «Descripción», II, 85 a, 220 c.

Como es sabido, del árabe *uadia*, que más bien significa hontanar, proveniente de *uadaa* o correr agua. Corriente de río o ribera más bien *bahru*.

(45) Luis del Mármol: «Descripción», II, 114 b, 210 a.

(46) Luis del Mármol: «Descripción», II, 215 c.

(47) Luis del Mármol: «Descripción», I, 8 d, 16 c.

(48) Al que llama «geda», «Descripción», I, 44 d.

(49) Luis del Mármol: «Descripción», I, 64 a.

(50) Luis del Mármol: «Descripción», I, 61 c. 62 c, 251 a, 255 a. 256 a; II, 23 c, 27 d. 28 c, 28 d, 106 a-b, 156 a, 246 d.

(51) Luis del Mármol: «Descripción», I, 2 a, 15 c, 33 c, 44 c, 57 d, 61 a, 64 a, 67 a, 77 a-b, 78 a, c, 85 c, 144 c, 153 b, 157 d, 184 d, 185 d, 196 c; II, 27 c, 28 c, 33 a, 73 c, 77 c, 84 a, 84 d, 105 a, 132 b, 134 c, 153 a, 163 a, 172 d, 212 c, 213 a, 235 a, 239 b, 265 a, 269 b, 284 d, 285 d, 286 c, 304 c, 308 b.

(52) «Descripción», I, 247 a.

(53) «Descripción», I, 192 a.

(54) Lo declara expresamente en «Descripción», I, 48 b.

(55) «Repúblicas del mundo», III (1595), 235 vto.-259.

(56) «Repúblicas del mundo», III (1595), 259 vto.-271.

públicas de turcos y de bereberes fecies son de contar entre las más débiles de cuantas constituyen la madeja de sus trabajos. Pero, aun con eso, marcan hito en el estudio de los temas islámicos entre nosotros, porque significan el pasar desde las relaciones de viajes y desde los libros de solaz entretenido a las primeras manifestaciones de una especialización en materias sociológicas y políticas. Bien se dirá asoma mucha herrumbre en la fábrica que se inicia y que sobran muchas de las cosas recopiladas, cuando faltan otras que no debieran darse de lado; pero, con todo eso, el mérito del intento queda en pie y es de fray Jerónimo la gloria de haber iniciado entre los escritores cristianos de las Españas el estudio especializado de los temas políticos del Islam. De donde que, con cuantas reservas quieran levantarse y que será el primero en adelantarme a suscribir, diré que fray Jerónimo Román el adelantado de cuantos hoy procuramos aquí conocer algo del Derecho público y de la filosofía política del Islam.

De aquí dimana la importancia de considerar lo que fray Jerónimo dice acerca del islamismo, cotejándolo con la línea general con que se miraban las cosas árabes, turcas y bereberes en las Españas de los Austrias.

3

La contraria tesitura que durante siglos enfrentó a musulimes contra cristianos termina en 1492 en las vegas del Darro con el triunfo definitivo de la Cruz; pero no podía el simple hecho de las armas liquidar la estela de sentimientos y de resentimientos pacientemente edificada a lo largo de cerca de ochocientos años. Tanto más cuanto que la caída del último reducto del Islam ibérico en Occidente coincidía con el apogeo máximo de la mayor potencia del Islam oriental: el Imperio de la Sublime Puerta.

Prodúcese así el choque de dos contrarias influencias: de un lado, el orgullo de los vencedores, que acaban de conquistar Granada y que, en semejante victoria, cobran motivos para insistir en su desprecio y en sus vituperios hacia los secuaces de Mahoma; de otro lado, el recelo que implica el poderío turquesco, al principio estimado con menosprecio y luego, según las esperanzas de la hegemonía española van decayendo, considerado con acrecentado respeto.

Esta línea va desde las injurias con que orlan el nombre de Mahoma los súbditos de Carlos I de Castilla hasta el obsequioso afán casi admirativo que rubrican los vasallos del segundo Carlos. El dualismo hostil que enfrenta al Islam con el Catolicismo agúzase en la pareja Castilla-Turquía, que traduce al campo político la contradicción religiosa. Entrecruzándose de tal modo el planteamiento religioso con el político, que es imposible dis-

cernir el estudio de uno de esos aspectos sin tener en cuenta al otro.

En Pedro Mexía, los musulmanes son seres réprobos y vituperables. Mahoma queda por «maestro de maldades» (57), y sus enseñanzas, por secta «malvada» (58) y «diabólica» (59); ya refiere la leyenda que repetirán luego sin excepción, cuantos al profeta de Arabia aludan, y por la cual era hijo de padre idólatra con madre judía, incitado por el renegado Sergio, monje expulsado de Bizancio, a darse de profeta, que hace creer a su mujer que sus ataques «de gota coral o morbo caduco» son conversaciones con el Angel, ladrón, salteador de caminos y otras lindezas por el estilo (60). Estampa forjada con intención de hacer de Mahoma tipo de cuanto pudiera repugnar a una mentalidad hidalga: origen vil, natural hebreo, enfermedad vergonzosa, discípulo de herejes, engañador y asesino.

Y los turcos son dignos seguidores de un profeta así mirado. «Gente cruel y diabólica» les llama (61), achacándoles que en la toma de Constantinopla cometieron todo género de crueldades (62), mientras que sus príncipes se hacen reos de traición y parricidio en la persona de Selim (63) y de tiranía en la de Solimán (64).

Aunque con grande poderío, Mahoma, «con sus embaymientos y engaños auía en la provincia de Arabia atraydo muchas gentes a su secta y andaua poderoso» (65). Sin que sean menores los juicios de admiración, casi pasmo respetuoso, que le sugiere «el potentissimo Reyno de los Turcos, que el día de hoy es tan temido y tan grande» (66).

Apareciendo aquí un problema. ¿Cómo es posible tamaña grandeza en gente tan vil y tan infiel? La realidad histórica argüía en contra del sentir hidalgo; la salida no podía ser otra que la religiosa: el poderío agareno era castigo de Dios, tanto, que Solimán el Turco queda por nuevo Antíoco y por sucesor de Nabucodonosor (67). Era lo que en 1538 no podía menos de opinar un hidalgo sevillano, al año siguiente de la entrada del tur-

(57) Pedro Mexía: «Silva», 39 b.

(58) Pedro Mexía: «Silva», 45 b.

(59) Pedro Mexía: «Silva», 43 a.

(60) Pedro Mexía: «Silva», 40-42.

(61) Pedro Mexía: «Silva», 39 a.

(62) Pedro Mexía: «Silva», ibd.

(63) Pedro Mexía: «Silva», 53 a-b.

(64) Pedro Mexía: «Silva», 55 a.

(65) Pedro Mexía: «Historia imperial y cesárea», 225 a.

(66) Pedro Mexía: «Silva», 44 b.

(67) He aquí sus palabras en la «Silva», 44 b-45 a: «Aunque la gente de los Turcos sea antigua, cosa es maravillosa lo mucho que ha extendidose: porque dozientos y quarenta años ha escasamente que començó a ser nombrado, y conocido: lo qual, como es de creer, ha venido por permission, y acote de Dios, para castigar, y emendar el pueblo Christiano; assí como en los antiguos tiempos embio un Antiocho, vn Nabucodonosor, y vn Ciro, y

co por Italia (68). Solución cristiana y, en el fondo, esperanzadora: cuando los pecados de los cristianos desaparezcan, acabará la enfermedad del poderío islámico (69). El asunto estaba en manos de Dios, quien hundirá al turco apenas perdone al pueblo suyo, a los cristianos. Con cuya esperanza descansará el hidalgo castellano Pedro de Mexía. seguro que Solimán por Carlos V «al cabo será dél vencido, y destruido, con el fauor y Gracia de Jesu Christo, por quien él pelea» (70).

Vasco Díaz Tanco vió a los turcos más de cerca; pero, a pesar de su proximidad, alienta idénticos sentires. Hay en él el desprecio a las «diabólicas fantasías y astucias notables» del «maldito príncipe Solimán» (71), y hay también la admiración hacia el Solimán cuyo poderío sobrepuja al de cuantos príncipes hacen memoria las historias (72). Es «cruel carnicero» (73), más temible. Y hay asimismo igual salida providencialista, sólo que aquí mucho más recortada a términos concretos. Carlos V, como suprema cabeza de la Cristiandad, ha de vencer a Solimán apenas haga las paces con Francisco de Francia (74). Entonces Dios dará el triunfo al «vniversal capitán» de los cristianos, siendo tanta la providencia divina que permitió el inmenso poderío turquesco en aquel imperio gigante para que sus innúmeros Estados fuesen ganados por Carlos V sin más esfuerzos que los de una sola batalla: aquella en la que vencerá a Solimán (75). El buen vasallo y experimentado viajero extremeño da a aquél que, por excelencia, fué antes que nada rey de Extremadura, consejos militares que aseguren la victoria en esa batalla decisiva, ya que él conoce bien las tretas bélicas de la soldadesca turca (76).

Cristóbal de Villalón abunda en pareceres análogos. Sabe que los turcos son belicosos (77) y extasiase delante de las bellezas y magnitud de Constantinopla (78); pero desprecia tanto la valía del soldado turco, que afirma valen 60.000 milites hispanos por

otros tales, q oprimiessen, y cautiuassen su pueblo de los Iudios, assi ha permitido, y permite, por nuestros pecados, que el Reyno del Turco fuesse en aumento, y se estendisse tanto, para temor pena y castigo de nuestros descuydo y culpas.»

(68) Pedro Mexía: «Silva», 43 b.

(69) Pedro Mexía: «Historia imperial», 225 vto. b.

(70) Pedro Mexía: «Silva», 56 a.

(71) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», 52 d.

(72) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», 54 a.

(73) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», 53 a.

(74) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», 1 vto.

(75) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», 54 a: « si dios omnipotente ha permitido que aquel ynquieto tirano haya ganado y tenga tantos imperios y reynos es por traer todo el vniuerso a la monarchia de nuestro inuictissimo catholico Carlo con hazerle con una sola uictoria gran monarca cesar augusto».

(76) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», 58 a-c.

(77) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 251.

(78) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 153, 532.

600.000 turquescos (79), y da por descontado el triunfo de Carlos V apenas los negocios de Europa le dejen tiempo bastante para consumir la empresa de abatir la verviz sarracena. Sabe que el Gran Turco es el «mayor contrario y capital enemigo» de la monarquía española (80), y escribe el relato de sus andanzas personales, sin más objeto que alentar a Felipe II para «que, con el poder de Vuestra Majestad, aquel monstruo turquesco, vituperio de la natura humana, sea destruído y aniquilado» (81).

Son los días imperiales, y por eso, ¡cuán españolisímas las palabras del viajero vallisoletano! Hasta la aversión a los franceses resplandece cuando presenta a las galeras francesas en Constantinopla en son de aliadas del Turco (82), o al embajador de Francia en conciliábulos con el Imperio del Bósforo (83), sin otro afán común que el odio a España.

Gonzalo de Illescas repite la consabida leyenda de Mahoma embaucador, hijo de judía y discípulo del hereje Sergio, aplicándole los usados epítetos de perverso (84), nacido de padres viles (85), «diabólico embauidor» (86) y otros de semejante guisa. En lo que toca al anverso del desprecio, lo mismo que en el reverso del asombro ante el poder del Sultán de Estambul, cuya «grandissima potencia y magestad» anota (87). Con la también consabida solución providencial: tal anomalía del perverso enemigo engrandecido sucede «por nuestros pecados» (88).

Luis de Mármol, poseído de no menor fervor creyente, prodiga parecidos juicios de censura y nos dirá cosas de la «maldita secta» de Mahoma (89), nos repetirá la narración de su enfermedad falsamente milagrosa (90), insultará a la fe islámica (91) y hablará de sus torpezas y vanidades (92). Por otro lado, los turcos no pasarán de ser traidora nación (93) y retahila de enemigos bárbaros (94).

No obstante repetir las ideas de Mexía, de Tanco y de Villalón, la obra de Mármol está compuesta con dispar espíritu. Ya no asoman en ella las incitaciones a la conquista, ni sus páginas flanean al fuego de la certeza en la victoria española sobre el

-
- (79) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 450.
 - (80) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 26.
 - (81) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 31.
 - (82) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 101.
 - (83) Cristóbal de Villalón: «Viaje», 498.
 - (84) Gonzalo de Illescas: «Historia pontifical», 179 b-180 a.
 - (85) Gonzalo de Illescas: «Historia pontifical», 179 b.
 - (86) Gonzalo de Illescas: «Historia pontifical», 182 a.
 - (87) Gonzalo de Illescas: «Historia pontifical», 348 b.
 - (88) Gonzalo de Illescas: *Ibidem*.
 - (89) Luis del Mármol: «Descripción», I, 52 b, 57 b, 291 d.
 - (90) Luis del Mármol: «Descripción», I, 53 b-57 c.
 - (91) Luis del Mármol: «Descripción», I, 58 d.
 - (92) Luis del Mármol: «Descripción», I, 54 c, 57 d.
 - (93) Luis del Mármol: «Descripción», I, 264 c.
 - (94) Luis del Mármol: «Descripción», I, 294 d.

adversario otomano. Ya no son las horas áureas del César, las jornadas de la conquista y la ambición; vívense los días de Felipe II, época de conservación y no de ensanchamiento, contento con mantenerse sin necesidades ni posibilidades expansivas. hora de cansancio inicial en la gesta hispana, ya sin los acicates del impulso batallador que animó a las Españas durante la primera mitad del siglo XVI. Es la etapa hosca de Castilla en contraste con la etapa impulsiva de Extremadura, el alto en el camino que, bajo Felipe III, será primer atisbo de desalientos. Por eso ya en los desprecios hay también aprecios de méritos, y a la vera de la estampa del Mahoma pecador y vicioso, a que acabo de referirme, asoma la del Mahoma valeroso y grave, señor de la guerra y gracioso en el hablar (95). El orgullo español empieza a abrir brechas en su ciclópea contextura, y por ellas se colará un principio de comprensión histórica.

Fray Gerónimo Román acuéstase al nuevo estilo mental que acabo de mostrar en Luis del Mármol. Sus dos tratados principian por ensalzar la «multitud de reynos y provincias que viven debaxo de la secta de Mahoma» (96) o las tierras y pueblos del reino de Fez (97), y ambos hállanse repletos de alusiones al Islam como a «edificio infernal» (98) y a la perfidia herética (99) del «bellacaço de Mahoma» (100), hipócrita (101) y malvado (102). Mas la obra entera está dominada, pese a su aparato erudito, por el espantajo de aquel señor turco que todos los días gana reinos nuevos (103). Viene a la pluma asimismo aquella solución providencialista que ponía en manos de Dios la destrucción del enemigo; pero, obsérvese bien, de un providencialismo ya asaz diferente de aquel otro que alentaran Cristóbal de Villalón o Vasco Díaz Tanco de Fregenel. Porque éstos creían en la derrota del Imperio otomano por esfuerzo del rey de las Españas, y así incitaban a Carlos V o a Felipe II a que acabasen con aquella plaga actuando de instrumentos del Altísimo; mientras que fray Gerónimo Román sabe ya a la Monarquía sin fuerzas bastantes para tamaña empresa, y por eso deja orgullos a un lado y se limita a poner su deseo en Dios sin confiar ya en el esfuerzo del Rey de las Españas; aquellas incitaciones al combate y aquel afán de remedio a la española ha caído en oración sin efectos bélicos inmediatos, en triste y aliquebrado «plegue a la Magestad divina que remedie tantos males en nuestros días» (104). A las Españas

(95) Luis del Mármol: «Descripción», I, 57 c.

(96) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 236 c.

(97) Fr. Gerónimo Román: «República de Fez», 259 c.

(98) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 236 c.

(99) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 242 c.

(100) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 237 a.

(101) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 267 a.

(102) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 267, c-d.

(103) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 253 c, 254 d.

(104) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 259 b.

optimistas y exuberantes de Carlos V han sucedido las Españas encogidas y conservadoras de Felipe II.

Todo va en razón del poderío. Las gentes del pueblo continuarán todavía bastantes años gozando de aquel optimismo esperanzado y orgulloso que en las esferas culturales feneció con el encierro de Carlos V en Yuste. Cuando el enemigo no sea el Sultán potente de Estambul, sino los moriscos sujetos al dominio de Madrid, retornará la expresión altiva y despreciadora en los romances populares. E igual sucederá en la poesía de escuela. La derrota de don Sebastián en Alcazarquivir constituirá para Fernando de Herrera motivo de desprecio hacia la Libia islamizada, en cuanto que su

«tenerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal victoria,
indigna de memoria»;

o en Lepanto se hunde

«el soberbio tirano, confiado
en el grande aparato de sus naves».

Y bajo Felipe III, la expulsión de los moriscos dará pie a un romance popular, donde los ciegos canten por los caminos como

«gran revuelta hay en España.
los reinos alborotados
de la morisca nación.
enemigos de cristianos.
Viva Dios y viva el Rey
a pesar de los paganos;
y a la Santa Inquisición
téngala Dios de su mano.
Castíguese al que es hereje,
conózcase al que es cristiano,
y todos vivamos unos
como muy fieles hermanos» (105).

(105) «Romance de cómo y por qué el rey don Felipe III expendió a los moriscos de España, y de la pena que les causó este destierro». En Rivadeneira, XVI (1851), 110 b.

Porque con la defensa, que es la expulsión,

«con esto quedará España
limpia del mahometo bando
y acrisolada la fe
cual oro de Dios formado» (106).

En la literatura cara al vulgo, labrada para atender a satisfacer las apetencias del vulgo, siguióse cultivando el tema de la hostilidad al Islam como seguro regocijo de las masas, todavía imbuídas del espíritu heroico y cristiano de las gestas medievales, que tantas veces cobrarán ahora nueva vida en los tablados de las farsas.

Tal acontece sobremanera en las piezas de Luis Vélez de Guevara. El asunto de la condena infernal de los musulimes, tan usado entonces, rebota en los dichos del gracioso Laín en *El príncipe esclavo*, del de Ecija, cuando advierte que lo que aguarda al Sultán turco Amurates es estar

«con Mahoma en la otra vida
que está a estas horas el hombre
en el infierno jugando
con Judas y con Herodes» (107).

Reapareciendo en lo que exclama sobre otro Sultán turco el personaje figurado Escamilla en *El águila del agua y batalla naval de Lepanto*, del propio autor:

«Muerto Solimán segundo,
que en los infiernos Dios aia.
heredó Selín su hijo
la Monarquía otomana» (108).

Esa tendencia alcanza su máxima expresión en otra «comedia famosa» de la segunda mitad del siglo XVII, la titulada *El profeta falso Mahoma*, de Francisco de Rojas. Allí se recoge la leyenda desfavorable del Mahoma espejo de lo anti-hidalgo, con todo el aderezo de realce a que se prestan las fórmulas teatrales. Rojas hace confesar a Mahoma que la verdad reside en la ley de

(106) «Romance» citado, 192 a.

(107) S. l. n. d., página 6 b. Cito por la edición existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, bajo la signatura T-1144.

(108) Editada por A. Paz y Melia, en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», XI (1904), 56 a.

Cristo y que todo lo suyo es puro engaño (109); refuérzase la narración de sus bajos orígenes, transformándole en hijo del adulterio cometido por su madre, la judía Emina, con un hermano llamado Bayera (110), que es muerto por el mismo Mahoma cuando sabe no ser hijo de su padre legal, Abdalá (111); dase cabida al suceso de hacer creer a la mujer eran milagros los efectos de la gota coral o de la embriaguez (112); píntasele comiendo carne de cerdo (113) y bebiendo vinos en demasía (114), vul-

(109) Cito por la edición s. l. n. d., guardada en la Biblioteca Nacional de Madrid, guardada bajo la signatura T-3949.

En la jornada II, la escena entre Mahoma y el apóstata Sergio corre según sigue:

Mahoma. ¿Estamos solos?
Sergio. Sí estamos.
Mahoma. Sergio, ¿tú no eres mi amigo?
Sergio. Mis consejos lo dirán.
Mahoma. ¿No me enseñaste?
Sergio. Yo mismo
la magia te enseñé.
Mahoma. ¿Sabes que los dos vivimos
yo engañando, y tú ayudando?
Sergio. Si lo sabré, pues lo finjo.
Mahoma. ¿No sabes tú que es mentira
quanto trazo, y quanto digo?
Sergio. Es verdad, todo es engaño.
Mahoma. Dime, ¿no es la ley de Christo
la verdadera?
Sergio. Es la cierta,
aunque por delitos míos,
Apóstata, y renegado
a tus engaños asisto.
Mahoma. ¿Sabe nadie este secreto?
Sergio. Si no es los dos, nadie ha sido
partícipe en estas culpas.
Mahoma. Pues supuesto que lo afirmo,
hablemos los dos verdades,
y oye un sentimiento mío,
que si no pudiese en voces
te lo enseñaré en suspiros. (Folio 7 d-8 a.)

(110) Francisco de Rojas: «El falso profeta Mahoma», 8 c.

(111) Francisco de Rojas: «El falso profeta Mahoma», 8 d.

(112) He aquí las palabras puestas en boca de Mahoma:

«A mi ignorante muger,
con engaños, con hechizos,
le di a entender que era sancto,
Profeta por Dios venido:
Creyóme como muger,
y públicamente dixo,
viéndome un día a la gota
coral, o embriaguez rendido,
que estaba elevado entonces.» (Folio 9 b.)

(113) Francisco de Rojas: «El falso profeta Mahoma», 16 c-d.

(114) Francisco de Rojas: «El falso profeta Mahoma», 16 b.

nerando sus mismas prédicas; repítese, en suma, la gama multicolor de la estampa injuriosa, ahora agravada con los reflejos de las candilejas en su mayor concentración de luces negras.

Y auméntase el foco de negruras, porque se le añade el infalible recurso escénico de presentarle pactando con el diablo, anticipo del Fausto con transfondo histórico. He aquí su confesión al monje apóstata Sergio en la jornada II:

«Sergio, en fin, óyeme atento:
yo hice el mayor delito
que en los Anales del mundo
tienen los bronces escrito,
con Luzbel (óyeme aora)
General de los Abismos,
traydor al Genero Humano,
tengo firmado y escrito
de darle esta alma, que Dios
crió con su Fiat mismo.
Y las almas que se alistan
debaxo del Cetro mío,
las compro para entregarlas
a las cadenas y grillos,
que en las oscuras mazmorras
pone el Alcaide Precito.
Y en pago deste favor,
Luzbel por este servicio
su potestad absoluta
toda en mí ha sustituido» (115)

A lo que Sergio responde aclamándole:

«Mahoma, valiente soldado
y generoso Caudillo» (116).

queriendo significar con estos títulos lo que Mahoma consiguió con la ayuda del Averno (117).

Lo que nos lleva de la mano a la explicación dada por Francisco de Rojas a las masas de espectadores sobre el éxito de la predicación de Mahoma: débese a pacto con el demonio.

Nada podía servir mejor para continuar la leyenda hostil fa-

(115) Francisco de Rojas: «El falso profeta Mahoma», 9 c. También 15 c-d.

(116) Francisco de Rojas: «El falso profeta Mahoma», 10 a.

(117) Pruébalo la repetición de semejante título para simbolizar el señorio de Mahoma y su buena fortuna. Así, el apóstata Malec le saluda al apostatar como a «Caudillo de Dios valiente» (folio 10 b).

Así, Efrén habla de combatir

«contra el precito Mahomad caudillo» (folio 12 c).

Así, hasta Luzbel le llama «caudillo» en el folio 15 a. Y así, finalmente, él propio, en conversación con el emperador Heracio se presenta:

«Mahomat soy, aquel caudillo
que mundos ha conquistado.» (folio 14 a).

vorecida del aplauso popular. Por eso en las entradas del siglo XVIII todavía Antonio de Zamora emplea iguales términos para los jefes árabes (118).

Pero tal leyenda de hostilidad, grata a lo que pudiéramos llamar el gran público de la época, no se compadece con la creciente estima ofrecida por las minorías superiores. Sirvan de ejemplo algunos textos, entre otros muchos más que pudiera aportar.

El maestro fray Diego de Haedo, benedictino y abad de Frómista, escribe entre 1581 y 1596 (119) una descripción de Argel, impresa en 1612 y muy conocida de los eruditos cervantistas. Estamos en días de caída, y aquella línea descendente del orgullo hispano en disminución, que ya observamos bajo el segundo de los Felipes, ha progresado en grande escala. El benedictino, hablando a fuer de moralista, topará en los mahomentanios argelinos con sarta larga de pecados, tantos, que los considerará casi como la bestia apocalíptica de las siete cabezas y diez cuernos coronados (120), pero también apuntará en ellos una decena de cualidades meritorias, muchas dignas de servir de modelo a los mismos cristianos. Les hallará bondadosos y menos blasfemos que a los españoles (121), no jugadores de cartas ni de dados, no reñidores ni acuchilladores, obedientes a las autoridades, sufridores de hambre en guerras, hermanados entre sí, limpios, poco amigos de murmurar del Gobierno ni de las autoridades religiosas y, sobre todo, guardadores de su ley (122). Textualmente, nos declara la mucha admiración que tuvo de que quien «al último se determina vivir como buen moro, lo es muy de veras, y los viejos son tan observantes de su ley y tan devotos en hazer a sus horas el sala» (u oración, cinco al día) «y acudir a sus tiempos a las mezquitas, y ayunar sus ayunos, y en abstenerse del vino y aguardiente, que pluguiesse al Señor lo fuesen tanto los christianos en la observancia santa y preceptos de Dios» (123).

(118) En la jornada I de «Quitar de España con honra el feudo de cien Doncellas», Nuño lamenta entregarlas a Abdallá,

«a esse Caudillo Africano» (página 21 b).

Cito por la edición impresa en Valencia, Viuda de Joseph de Orga, 1768.

(119) Fray Diego de Haedo: «Topographia e historia general de Argel, repartida en cinco tratados, do se verán casos estraños, muertes espantosas, y tormentos exquisitos, que conuiene se entienda en la Christiandad: con mucha doctrina y elegancia curiosa.» Valladolid, Diego Fernández de Córdoba y Oviedo, 1612. Folio 95 c.

(120) Fr. Diego de Haedo: «Topographia», 36 b.

(121) Fr. Diego de Haedo: «Topographia», 39 b: «Y primeramente, es bondad muy notable y costumbre digna que los cristianos imiten, que ni por enojo que tomen ni por algún desastre que les suceda, dirán un pesar, ni un reniego de Dios, ni algún modo de blasfemia.»

(122) Fr. Diego de Haedo: «Topographia», 39 c-d.

(123) Fr. Diego de Haedo: «Topographia», 39 d.

Un ejemplo bajo Felipe IV: En 1648 visita Madrid el heredero legítimo de la Corona de Fez, en pretensiones de ayuda del Monarca español, a fin de recuperar el trono de que había sido desposeído; consúltase el caso a quien «podía saber más en estos Reynos», al portugués Jorge de Mendoza da Franca, hidalgo de la casa del Rey y caballero del hábito de Avis, y el consultado dirige al marqués de Velada un escrito firmado en Madrid a 16 de octubre de 1648, en el que recomienda se ayude en sus intentos al pretendiente Muley Hamet, por la conveniencia de tener en Fez Sultán amigo. «Porque—se pregunta—, ¿no tenemos a los moros tan vezinos y valientes enemigos?» (125). Ya no aparece por ninguna parte aquel afán conquistador que brilló bajo Carlos I, ni aun siquiera la altivez más desvaída que imperara bajo Felipe II. Estamos en 1648, y hay que valerse de argumentos acompasados a las realidades: el Rey de las Españas puede y debe contar con amigos infieles y debe olvidar aquellos sueños dominadores de cien años atrás.

Nos movemos aún en la esfera de las relaciones internacionales bajo Carlos II entraremos en la zona de las valoraciones propiamente filosófico-políticas. La realidad de la continuación del poderío muslim, junto con la rápida decadencia hispana, hará que se piense en analizar su ordenación política, a fin de ver si podrá ser útil sacar algún ejemplo que imitar provechosamente. Es la hora de la decadencia, y los insultos a los infieles siguen siendo buenos para predicárselos al vulgo desde los tablados de las comedias; en quienes se preocupan por el giro de los sucesos, realidad política musulmana, es perspectiva digna de tenerse en cuenta, vistos los efectos que produjo. Y así, bajo Carlos el Hechizado, muy lejos ya, casi hasta las antípodas, del fervor optimista e impulsivo dominante bajo Carlos I, un caballero de la Reina madre doña Margarita de Austria y criado en el palacio real de Madrid, con cargo de teniente de conductor de embajadores, Francisco de Olivares Murillo, sigue el cambio de las cosas, allegándose a traducir las *Memorie istoriche de'monarchi ottomani*, del veneciano Giovanni Sagredo (125), precisamente con aquellos fines de aprendizaje político. Su «Insinuación al que leyer» eleva a altura de héroes a aquellos mismos sultanes que hace un siglo, en los libros y todavía en las farsas, parecían solas dignas presas de Luzbel (126); y hasta propone tomarles por modelo: «En las vidas—razona—de veinte y dos Monarcas (que ilustran esta Historia) se observan notables excessos de barbaridad, como sobresalientes acciones en la experiencia Militar y

(124) El «Papel» se imprimió y consta de 10 folios. Cita al 1 y al 7.

(125) Venezia, presso Combi & la Nou, 1677. Voluminosa historia de 1069 páginas en esta edición italiana.

(126) «Tan elevados héroes» llama a los monarcas turcos en los primeros folios sin numerar de la edición impresa en Madrid por Juan García Infanzón, en 1684.

Política, adornadas de una sólida razón de estado, encaminada (aunque por errados senderos) al acierto y ampliación de la Monarquía, en cuya Escuela hay mucho que admirar, y no menos que aprender, si permitiese nuestra Christiana obligación aplicaciones de estudio a los ejemplos de tan Infel Magisterio, que ajusta sus dictámenes al fin de su execución, sin principios de piedad» (127). Las reservas subrayan la transcendencia del paso andado. Se acaba por creer dignos de imitación aquellos mismos príncipes infieles de quienes se burlaba Cristóbal de Villalón, a quienes Vasco Díaz Tanco juzgó heridos por la diestra de Carlos V, armada por Dios, a quien Pedro Mejía tachó de bárbaros, a quienes todavía fray Gerónimo Román cubrió de durísimas invectivas. A medida que se iba apagando el fuego de la fe en los destinos de las Españas iba apareciendo buena cualquier madera con tal de que llegara a arder en ascuas vivas.

4.

Lo que aconteció con proyecciones universales en el campo de la Historia en esta contraposición del Islamismo respecto al Cristianismo acaece también con el punto cardinal de la especulación política de aquellos siglos: el alcance de la nobleza en su doble valor político y ético, como estamento social y como tabla de normas de conducta recta.

En este extremo, la tradición medieval, prolongada también en las fuentes literarias y populares, aseveraba la posibilidad de un noble no creyente, y aun llegóse a ponderar muchas veces la estampa de tal cual muslim, espejo y dechado de nobles caballeros.

Hay algunos temas cuya simple apuntación vale por argumento concluyente.

Tal, entre nosotros, la conocida leyenda del moro Abindarraéz, dejado en libertad por el alcaide castellano de Alora. Rodrigo de Narváez, a fin de que pudiese casar con su amada Jarifa, bajo palabra de caballero, que el abencerraje cumple puntualmente constituyéndose en prisión. No es ocasión ahora de seguir la estela de este suceso, que nace en la *Crónica del Infante don Fernando, el que ganó Antequera*, y es luego aludida en libros tan conocidos como el *Quijote* y la *Diana*, de Jorge de Montemayor; me ceñiré a resaltar cómo en ella el abencerraje Abindarraéz es tenido por cumplido caballero. Tanto, que en algún romance dicese de los abencerrajes ser

«la flor de caballería» (128).

(127) Francisco de Olivares Murillo: «Insinuación» citada, en primeros folios sin numerar.

(128) «Romance» recogido en Rivadeneyra, XVI (1851), 109 a.

apreciación repetida en la bellísima narración de Antonio de Villegas cuando nos pinta a Rodrigo de Narváez admirado de ver triste a Abindarráez, con «tan gran tristeza en ánimo tan fuerte» (129), o al propio Abindarráez enorgulleciéndose de su nobleza por venir «de la alta sangre de los abencerrajes» (130). Y que sirve finalmente de trama escénica a una de las comedias más hermosas de nuestro patrimonio literario, a *El remedio en la desdicha*, de Lope de Vega, donde la propia Jarifa impele a Abindarráez a cumplir la palabra dada con frases que Lope pudo poner en labios de la más hidalga de las damas de Castilla, aquellas en que apela especial y directamente al sentido de la nobleza tal como entonces se la entendía:

«No es justo que a hombre tan noble
la palabra le rompáis,
sino que antes la cumpláis
con satisfacción al doble.
Cuando os quisiérais quedar
no os lo consintiera yo,
que a quien tan bien procedió
no se le puede engañar» (131).

A este ejemplo de los sucesos del noble Abindarráez pudieran agregarse otros sin límite. Los romances nos dicen maravillas de otro musulmán considerado cual alto caballero, de aquel Albayaldos que retó en batalla al maestre de Calatrava don Rodrigo Girón (132), y cuyo epitafio anónimo le coteja con los más afamados paladines de la cristiana caballería (133); así como las hazañas que de iguales a iguales realizan el moro Alhizan contra don Alonso de Granada (134), o el alcaide de Ronda (135) o el hermano de Boabdil, Mudafar, contra don Manuel Ponce de León (136).

En los libros de historia sucede lo mismo. La novelada historia de las guerras civiles de Granada, escrita por Ginés Pérez de Hita, teoriza aquella creencia dándonos amplia relación de los

(129) Antonio de Villegas: «Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa». En Rivadeneyra. III (1850), 508 a.

(130) Antonio de Villegas: «Historia del Abencerraje». 512 b.

(131) Lope de Vega: «El remedio en la desdicha». En Rivadeneyra, XLI (1857), 151 a.

(132) «Romances» varios en el tomo XVI de Rivadeneyra, págs. 117-120.

(133) He aquí el comienzo:

«Aquí yace Albayaldos,
de cuya fama el suelo estaba lleno,
más fuerte que Reinaldos,
ni el conde Palatino...»

(134) Rivadeneyra, XVI, 130 b-131 a.

(135) Rivadeneyra, XVI, 134 b-135 b.

(136) Rivadeneyra, XVI, 139 a-b.

principales linajes de la nobleza granadina. Hombres de Africa o Arabia llamados reiteradamente nobles son los que Pérez de Hita enumera con delectación de genealogista minucioso. Todos eran infieles y venían de comarcas sujetas al Islam; de Tremecén provenían los Abedboares y los Mafarix; de Marruecos, los Abencerrajes, los Albayaldes, los Abenamares, los Aliatares, los Andalas, los Abenhamines, los Zulemas, los Sarracinos, los Alhamares, los Reduanes y los Aldoradines; de Arabia lejana, los Alabeces y los Gazules; de Vélez de la Gomera, los Alarifes y los Gomeles; de Fez, los Alfaquíes, los Venegas, los Barragís, los Zegríes, los Mazas, los Almadenes, los Hacanes, los Laugeres, los Azarques, los Abidbares y los Almanzores (137). Donde se demuestra que la concepción de una nobleza mahometana no solamente era creencia del vulgo, sino documentada tabla genealógica.

Que se corresponde con el valor anejo del noble, anejo a esa enumeración social: el «valeroso capitán Habaquí», de quien Pérez de Hita cuenta hazañas (138), no desdice de los milites nobles de Castilla, hermanándose con él Fernando de Valor, de quien da testimonio don Diego de Mendoza (139), o con lo que de los califas Moauia (140) y Omar (141) elogia Luis del Mármol.

En la proyección popular del teatro reitérase la definición de que existe una nobleza de sangre entre los infieles. Son innúmeros los ejemplos posibles, que reduciré a unos cuantos contados, con objeto de reforzar mi argumentación.

En *El bastardo de Ceuta*, de Juan Grajales, es Muley Hamete

«alcaide de Tetuán,
bravo, animoso y valiente» (142),

o es el heroico Celín, quienes, en calidad de «moro bien nacido», cumplen con la hidalguía caballeresca que vulneró Rodrigo.

Juan de Tárrega hace exclamar al duque de Saboya, general cristiano en Rodas, que en el combate

«anduvo el turco valiente» (143),

siendo así que la valentía es la primera cualidad del caballero.

Miguel de Cervantes califica al turco Mamí de soldado va-

(137) Ginés Pérez de Hita: «Guerras civiles de Granada», 517 a.

(138) Ginés Pérez de Hita: «Guerras civiles de Granada», 684 a.

(139) Diego de Mendoza: «Guerra de Granada», 72 b.

(140) Luis del Mármol: «Descripción», I, 65 a, 71 b.

(141) Luis del Mármol: «Descripción», I, 66 a.

(142) Juan Grajales: «El bastardo de Ceuta». En Rivadeneyra, XLIII (1857), 414 a.

(143) Francisco de Tárrega: La famosa comedia del cerco de Rodas, 14 b. Cito por el ejemplar guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid, a la signatura R-18081.

liente y honesto (144); muestra al español Guzmán, que tiene estimación al moro Alimuzel, por tan valiente cual discreto (145), y, sin escándalo de los espectadores, pone en Alimuzel estas palabras:

«Alimuzel soy, un moro
de aquellos que son llamados
galanes de Meliona,
tan valientes como hidalgos» (146).

Y sin escándalo tampoco, el coloso de la escena española, Lope de Vega, hermana la nobleza del jefe cordobés Andalla con la corona de Alfonso II el Casto, en *Las famosas asturianas* (147), o Tirso de Molina adopta una actitud comprensiva para el valiente muslim que robó la Cruz durante el socorro de la Mámora ahorrando imprecaciones al soldado Osorio en su relato (148).

Asistimos a la tensión engendrada por la pugna entre los dos elementos candentes de la fe y de la sangre, y el teatro calderoniano, que es el teatro de nuestros grandes sentimientos humanos de españoles, no podía dar de lado al tema ni en su planteamiento humano, ni en su bosquejo teológico, ni en su dimensión política. Baste observar tres comedias de don Pedro Calderón de la Barca para contemplar el tema islámico en cada una de esas tres facetas.

El planteamiento nobiliario, o sea, la posible nobleza en sangre y en obras del alárabe, cuaja en los sucesos de *Amar después de la muerte*. Cuando Garcés cuenta, a la escena 18 de la tercera jornada, cómo atravesó el pecho a doña Clara, Alvaro Tuzaní le hiere, diciendo una de esas frases calderonianas que saben compendiar una dimensión entera de la vida:

«¿Fué
como ésta la puñalada?» (149).

El planteamiento teológico aparece en *El gran príncipe de Fez, don Baltasar de Loyola*, aquel cuyas prendas excelsas, aun siendo heredero del trono de Fez, hizo exclamar al maestre de San Juan de Malta:

«¡Qué lástima es que sea moro
príncipe de tales prendas!» (150).

(144) Miguel de Cervantes: «Los baños de Argel». En «Obras completas» Madrid. Aguilar, 1946, pág. 319 a.

(145) Miguel de Cervantes: «El gallardo español». En «Obras completas», 212 a.

(146) Miguel de Cervantes: «El gallardo español», 206 a.

(147) Vide las palabras de Alfonso II, en Rivadeneyra, XVI (1857), 470 b.

(148) Tirso de Molina: «Marta la piadosa». En Rivadeneyra, V (1850).

449 a-450 a.

(149) Rivadeneyra, XII (1852), 699 c.

(150) Rivadeneyra, IX (1849), 358 c.

Por ser tan excelente, Muley Mahomet de Fez conviértese al cristianismo y renuncia al sultanato para acogerse al hábito de Loyola; y es de ver el modo en que Calderón urde la trampa para que resulte que la conversión sea consecuencia del libre albedrío, pugna entre sus ángeles bueno y malo, que acogerá una vez más en el teatro uno de los coletazos dramáticos de la disputa sobre la gracia. La nobleza de Muley Mohamet, nobleza de sangre y de virtudes, conjúgase al buen uso que hace de la gracia congrua que Dios le proporciona, para concluir en su dichosa confesión (151).

Planteamiento político es el que da Calderón en *El príncipe constante*. La generosa actitud de Muley, agradecido a fuer de caballero, y que por eso procura libertad a Fernando de Portugal, hermánase con la conducta del caballeroso Fernando negándose a ser libre; la escena 12 del acto segundo es una magnífica lección de hidalguías cristianas e islámicas (152). Mezclándose aquí nuevo factor, también típico de los ideales palancas del teatro calderoniano: la concepción suprema de la realeza. No ya los musulmanes se ennoblecen en la hidalguía, sino, además, en la majestad; sobre los sultanes se proyecta el nimbo superior de los monarcas de Castilla. Por eso don Fernando dice al rey de Fez en la escena 7 de la jornada tercera:

«Mi Rey y señor, escucha:
Rey te llamé, y aunque seas
de otra ley, es tan augusta
de los reyes la deidad,
tan fuerte y tan absoluta,
que engendra ánimo piadoso» (153).

Es el teatro de Calderón la cima de la manera de considerar el tema de la hidalguía morisca en nuestros clásicos. Lo que comenzó por sentir popular de admiraciones mutuas en pugnas caballerescas medievales y que fué recogido por la literatura clásica nuestra para plantear la posibilidad de una nobleza social y personal en pechos mahometanos, es analizada por Calderón con aquella recia madurez tan característica de su obra. La triada de problemas en que Calderón desmenuza la cuestión de la nobleza islámica vale por un tratado entero de filosofía política.

Fray Gerónimo Román posee en este punto el mérito de haber abordado antes el lado de la dignidad mayestática del sultanato, equiparándolo con la realeza cristiana. Es en el capítulo X de su *República de los Turcos* donde viene su aportación a la de

(151) Recuérdese el diálogo del Buen Genio con el Mal Genio en la escena II de la primera jornada. En Rivadeneyra, IX, 233 a.

(152) Rivadeneyra, VII (1851), 255 b-256 b.

(153) Rivadeneyra, VII, 258 c.

los príncipes de la Cristiandad (154). Con ojo avisado columbró el nuevo principio de la ciencia política comparativamente elaborada sobre un plano exclusivamente histórico, aunque bien entendido que sin renunciar en lo más mínimo a la línea intransigentemente ortodoxa de su obra.

5

Entre los escritores españoles sobre materias islámicas de aquellos siglos, quien más atentamente observó las tendencias de la vida espiritual del Islam fué, sin duda, Luis del Mármol. Obsesos los que le antecedieron por el orgullo de las huestes imperiales, o más dados a la contemplación anecdótica que a la medula de las ideas, dejaron pasar por sus veras las corrientes ideológicas sin calar su valía e importancia.

Luis del Mármol no desconoce la doctrina clásica del poder político en el mundo musulmán, tal como fué sostenida por Abulhassan Alí ben Mohammed ben Mebib il Mauerdí (155), pero sus puntos de mira coinciden con los del xiismo, esto es. con aquel grupo que mantiene, fragmentado en varias ramas, los derechos de la familia de los descendientes de Alí, esposo de la hija de Mahoma, Fátima, al ejercicio del *uulaya* califal. Por lo que, al par que separa, de acuerdo con la doctrina clásica, al poder califal de las potestades de los sultanes, añade lo hace en el sentido, típicamente xiita, de que no hay otro califa que aquel que descienda de Mahoma. «Ningún rey mahometano puede traer corona en la cabeza—nos dice—, porque su ley no lo permite, y aun los legistas de ella afirman que todos los reyes que aora ay son tirannos, porque dizen que, conforme a la ley de Mahoma, no puede ser rey sino es Halifa del linage de su falso profeta» (156). Preferencia xiita atemperada al Africa que él vió y que se repite en muchas otras partes: en acoger la leyenda de que Mahoma encomendó a Alí la guarda de la ley (157); en dar cabida a los sucesos de los doce imanes (158); en tratar con respeto la memoria de Masifa, nieta del profeta (159); en presentar a Alí víctima de los manejos del primer Omeya (159), y en otros diversos pasos que no es preciso agotar aquí.

(154) He aquí sus palabras: «La magestad con que el gran Turco se trata y sirve, excede a todos los demás príncipes que oy conocemos: como también les haze ventaja en potencia y imperio.» «República de los Turcos», 245 d.

(155) Aludo al conocido El-Ahkâm es-Sulthâniya, en la traducción del conde León Ostrovog. París, Ernest Leroux, 1901.

(156) Luis del Mármol: «Descripción», II, 101 b. También 98 b, 99 a. Y en el tomo I, 143 c.

(157) Luis del Mármol: «Descripción», I, 58 a-b.

(158) Luis del Mármol: «Descripción», I, 59 b.

(159) Luis del Mármol: «Descripción», I, 65 d.

No es que olvide tampoco los ritos ortodoxos de las cuatro escuelas, hanefí, malekí, xafeí y hanbalí. Con la particularidad de que, saltando las vallas de la exactitud cronológica, refiere cada una de ellas a uno de los cuatro primeros califas perfectos, antes de que, conforme al *hadiz* atribuido a Mahoma, se trocara la *ualaya* califal justa o propiamente dicha en un poder de dominación. Deduciendo cada escuela de las sumas que adopte, presenta a Malik ben Annas cual colector de las tradiciones de Abubeker; a Abu Hanifa, de los referidos de Omar; a Ax-Xafi, de lo que se dijo achacado a Oman, y a Ahmed ben Hanbal, de los sucesos dichos de Alí (161).

Comoquiera que los hanbalíes eran partidarios de un estrechamiento de la conducta a tono con la más estricta práctica de los preceptos coránicos, venían a coincidir con las varias tendencias de morabitos, por Mármol estudiados tanto en sus divergencias respecto a la común doctrina islámica (162), como en sus pintorescas manifestaciones mogrebinas, cuales la de la devoción hacia los locos por disputarles posesos por un espíritu superior (163). Y asimismo, al hacer dimanar la estrechez hanbalí de la rigidez política del xiismo, funde a todos, morabitos y mantenedores de los Alidas, en la misma línea conceptual e histórica (164).

No escapan al gran poder de observación de Luis del Mármol otras facetas de la policroma exuberancia ideológica del Islam; así, por ejemplo, describe el pacifismo de los Deuditas, que bien pudieran identificarse con los karadyitas, entonces tan extendidos por el Africa del Norte, y que venían a formar el quinto rito o de los kauamíes, si es que no son algún ramo de los de la tendencia *qurra* o de los recitadores alcoránicos, sobre todo mirando a la posible coincidencia del nombre de su fundador Deud (165), con aquel Dauud al-Ta'i que, en su logro del estado de *'abid*, despreció todo saber u objeto profano.

La preponderancia de la concepción xiita, así como atribuir la estrechez morabítica al hanbalismo y relacionar a su vez a éste con los partidarios de Alí, repercute en fray Gerónimo Román. En efecto, hablando de los comúnmente conocidos por derviches, y que él nombra «deruisios», dícenos el agustino que «mantienen-se de limosnas, y quando demandan dizen: hazed por amor de aquel valeroso Halí, yerno de Mahomat, el cual ha sido esclarecido por victorias, contra nuestros enemigos, en gloria de nuestra

(160) Luis del Mármol: «Descripción», I, 68 b.

(161) Luis del Mármol: «Descripción», I, 58 d-59 a. Repite la referencia de la escuela xafeí a Omán en 66 c.

(162) Luis del Mármol: «Descripción», I, 59 b, 61 b-c, 62 a.

(163) Luis del Mármol: «Descripción», II, 242 d, con alusión a Túnez.

(164) Luis del Mármol: «Descripción», I, 59 d.

(165) Luis del Mármol: «Descripción», I, 62 d.

república» (166); aludiendo a estos derviches en función de los grupos congregados en torno a un monasterio que dice ser situado en Anatolia y en donde se juntan para celebrar ritos posesos de un furor loco, a causa del uso de «vna yerua que comen, con la qual salen de sí» (167). Todo de acuerdo con lo ya dicho por Mármol (168), aunque el granadino aporta muchos más detalles en nombres y en personajes que los que el de Logroño trae.

Tal como resulta de lo que sabían los escritores hispanos del siglo XVI, la visión de la vida intelectual alárabe queda sobremañera deformada. Mármol, testigo más directo, está penetrado de la doctrina xiita por razones de su estancia en Africa, y fray Gerónimo Román repite, aunque más de lejos, lo que aquél dijo. No obstante, conocíase ya la existencia de una doctrina política ortodoxa, la distinción entre lo permanente del califato y lo transitorio del expediente gubernamental del sultanato, la rigidez fanática del xiismo y hasta la existencia de sectas fuera de los cinco ritos capitales. Aunque velada y más pintoresca que exacta, constituía una tabla bastante nutrida de saberes sobre la vida espiritual del islamismo.

6

Como más entraba por los ojos y como más se pretendía la descripción que el análisis, es también mucho más rico en noticias el campo de la ordenación política.

Aunque vivían en circunstancias en las cuales el sentido originario del califato como poder a un tiempo espiritual y temporal había decaído al asumirlo el Sultán turco de Constantinopla, no escapa a sus finas percepciones la importancia y doblado valer de aquel supremo puesto. Así, fray Gerónimo Román compara agudamente al Califato con el Papado como instituciones paralelas (169), y parece seguir a Luis del Mármol al repetir la pintura de los primeros califas, como «siendo supremo señor en lo espiritual y temporal», o el dibujo de Moavia empezando nueva manera de gobierno al hacerse «llamar Rey y Emperador» (170). Por donde conocíase ya, no solamente el puesto y papel del Califato, sino también la distinción entre el califato regular de los cuatro primeros sucesores de Mahoma y el califato irregular que sigue a la muerte de Alí y a la entronización de los Omeyas.

(166) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 241 b.

(167) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 141 b-242 a.

(168) Luis del Mármol: «Descripción», I, 60 c-61 a. También los describió Cristóbal de Villalón: «Viaje de Turquía», 416-417, con mayor precisión lingüística, pero sin aludir a sus conexiones con el xiismo.

(169) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 238 b.

(170) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 238 b. Luis del Mármol: «Descripción», I, 69 a.

En cambio, no se precisó bien el valor del vocablo califa. Tanto Mármol (171) como Román (172) dicen que califa significa sucesor, siendo así que viene de la voz *jalafa*, que significa detrás, valiendo en consecuencia por representante y no por sucesor (173).

Muy rica y puntual es la manera en que relatan los demás cargos de gobernación. Sultán equivale a rey, y por eso es injusto llamar sultanes a los gobernadores de Argel, apenas representantes del emperador turco, aclarará fray Diego de Haedo (174). Los visires o consejeros supremos son descritos por Vasco Díaz Tanco (175), por fray Gerónimo Román (176) y por Luis del Mármol (177) como semejantes a los presidentes de los Consejos de la Monarquía española; cargos supremos en Fez (178), iguales al de «mezuar» en Tremecén (179) y al de «munasit» en Túnez (180). Los «berlebeyes» o jefes más altos del ejército vienen a anteponerse por Vasco Díaz Tanco a los mismos visires (181), llamándoles capitanes generales fray Diego de Haedo (182). Los bajáes, sanjacos y demás gobernadores, así como los agas o grandes puestos militares están descritos por casi todos los autores referidos en este trabajo.

Entre los cargos religiosos, dícnoslos los que sean los muezines y los imanes, así como los demás puestos de función en el culto. Más interés demuestran por conocer lo que atañe a la administración de justicia, toda vez que la perfección que en ello usan fué motivo de admiración para Vasco Díaz Tanco (183), reiterada por Cristóbal de Villalón al notar cómo alcanza a todos sin distinción de religiones (184) y explicada por fray Gerónimo Román en necesidades de convivencia (185). Casi todos coinciden en referir la administración de justicia al cadí, como a aquel llamado por Cervantes en *La gran sultana* «supremo juez» (186), aunque en algunos casos particulares nos dan noticias de otras

-
- (171) Luis del Mármol: «Descripción», I, 58 b.
 (172) Fr. Gerónimo Román: «República de Fez», 265 b.
 (173) Fr. Diego de Haedo no hablará de un «Galiffa» o «Galifa», definiéndole por «teniente del Rey». «Topographia», 6 a, 44 d, respectivamente. Mas sin aludir al califa como a suprema autoridad islámica.
 (174) Fr. Diego de Haedo: «Topographia», 44 c.
 (175) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», primeros folios sin numerar.
 (176) Fr. Gerónimo Román: «República de los Turcos», 248 d.
 (177) Luis del Mármol: «Descripción», I, 220 c., 265 d.
 (178) Fr. Gerónimo Román: «República de Fez», 266 c. Luis del Mármol: «Descripción», II, 99 a.
 (179) Luis del Mármol: «Descripción», 55, 177 a.
 (180) Luis del Mármol: «Descripción», II, 244 d.
 (181) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», primeros folios sin numerar.
 (182) Fr. Diego de Haedo: «Topographia», 44 d.
 (183) Vasco Díaz Tanco: «Palinodia», LVII b.
 (184) Cristóbal de Villalón: «Viaje de Turquía», 430.
 (185) Fr. Gerónimo Román: «República de Fez», 268 d.
 (186) Miguel de Cervantes: «La gran sultana», 408 a.

instituciones, como la del «mesuar» de Fez (187) o del «sahab» de Túnez (188). El cargo al alguacil es visto generalmente en su acepción usual, aunque no falta quien le haga el primer oficio después del rey, como don Diego Hurtado de Mendoza. En los varios libros a que vengo aludiendo detállase la trama de las instituciones con una prolijidad que es preciso consignar, pero inútil repetir.

7

En los mismos días en que las Españas alcanzaban el cenit de su estrella histórica y empezaban a caminar las andaduras del declive a que todavía asistimos hoy, el mundo islámico constituía amenaza hostil muy parecida a la que para la Europa occidental supone en estos mediados del siglo XX la amenaza del bolchevismo ruso. Era una realidad vecina con la que contar, y con la que se contó en tanta manera que a árabes se atribuye la fábula de Don Quijote en donosa falsía, hija del ingenio de su autor, y este libro, el mayor entre todos los nuestros, da amparo a palabras turcas (190) y árabes (191).

La primera incitación musulímica vino de Africa por motivos de cercanía, tanto, que la Granada de los reyes nazaritas cayó en imitación incluso topográfica de Fez (192); recógenla sobre todo fray Diego de Haedo y Luis del Mármol. La segunda incitación dimana del colosal poderío del imperio turco, enfrenado contra el hispano, y que se repite en los escritos de Vasco Díaz Tanco o de Cristóbal de Villalón.

Ambas crúzanse en fray Gerónimo Román, que así, hasta en lo bibliográfico, centra el estudio del Islam político entre nuestros clásicos. Ambas corrientes de lo turco y de lo mogrebino encuentran en las dos *Repúblicas* del agustino riojano el encadenamiento conceptual. Fray Gerónimo Román estudia al Islam en su totalidad posible y en la especialización juspoltica, por donde su labor señala piedra miliar en nuestros estudios del pensamiento político musulmán, pareja a la que clavó en la historia del pensamiento político español. Por los mismos días en que el

(187) Fr. Diego de Haedo: «Thopographía», 45 b.

Es el «mezuar» que Luis del Mármol trata por teniente del visir en su «Descripción», II, 99 b.

(188) Luis del Mármol: «Descripción», II, 245 a. Cierta incorrección en la transcripción; debiera ser *sahib*.

(189) Diego Hurtado de Mendoza: «Guerra de Granada», 77 b.

(190) «Don Quijote de la Mancha», parte I, capítulo 40.

(191) «Don Quijote de la Mancha», parte I, capítulo 41. También en otras obras de Cervantes, vr. gr. en «Los baños de Argel», 331 b.

(192) Asevéralo Luis del Mármol en el capítulo VIII del primer libro de su «Historia de la rebelión de los moriscos», 133. a.

brío de unos «veritables espagnols» extendía la audacia nuestra hasta las tierras del Sudán, gavilla sarracena hispano que, bajo la capitania del renegado granadino Dyuder, domeña el Imperio Sonraí (193), este fraile metódico y docto compilaba noticias sobre las ordenaciones políticas y sociales mahometanas. El genio de nuestras gentes, de las gentes audaces de Andalucía y Extremadura, bajo lábaros distintos de dos distintas religiones, daban empleo a sus heroicos temperos lo mismo en el Sudán que en América, ganando igual a Gao que a Méjico. Cabe preguntarse si, de no haber existido tal fragmentación, no hubiera sido realidad el sueño de la monarquía universal bajo corona hispana, como lo soñó aquel Miguel de Cervantes, peregrino por suelos islámicos y cristianos, a aquel que llamó «el grande rey de las Españas» (194).

La realidad histórica fué, empero, muy diversa de los sueños, y se recorta en una serie de estudios y referencias, centradas en la obra de fray Gerónimo Román en lo que concierne a sociología y a política.

(193) Nació en Las Cuevas (Granada). Vide J. Beraud-Villars: «L'Empire de Gao. Un état soudanais aux XV et XVI siècles». París. Plon, 1942.

(194) Miguel de Cervantes: «La gran sultana», 410 b.

Nota de la E.—Las palabras en elngua árabe en el original han sido traducidas al castellano por carecer de tipos arábigos.

BIBLIOTECA

FCO. ELIAS DE TEJADA Y ERASMO PERCOPO

BIBLIOTECA

ELIAS DE TEJADA - PERCOPO